

—Vamos á ver, ¿me aconseja usted cerrar el trato con Delaveau?

El joven no respondió inmediatamente. Un malestar, una invencible repugnancia llenaban todo su sér. ¿Qué era aquello, por qué se indignaba, se rebelaba, como si de aconsejar que se entregara el horno alto á aquel hombre hubiera cometido una mala acción, que sería un remordimiento? Y ello era que no se le ocurría ninguna razón plausible que le autorizase para aconsejar lo contrario. Y acabó por responder:

—Ciertamente, todo eso que usted me dice está muy bien, y no puedo menos de aprobarlo... Con todo, reflexione, reflexione usted más.

Hasta entonces Sceurette había escuchado muy atenta, sin intervenir.

Parecía participar del sordo malestar de Lucas; le echaba una mirada de cuando en cuando, esperando, inquieta, lo que iba á decidir.

—Hay algo más que el horno alto—dijo por fin;— hay la mina, todos esos inmensos terrenos pedregosos que la acompañan, y que no cabe separar, me parece.

Su hermano hizo un gesto de impaciencia, deseoso como estaba, de verse libre, pronto y de un golpe.

—Delaveau llevará también los terrenos, si los desea. ¿Qué quieres que hagamos de ellos? Rocas pedradas, calcinadas, donde ni las zarzas quieren salir. Todo eso no vale nada, puesto que ahora ya no es explotable.

—¿Es seguro que no lo es?—insistió la hermana.

—Recuerdo, señor Froment, que me contó usted un día, que en el Este se había llegado á explotar minerales muy defectuosos, gracias á un procedimiento químico... ¿Por qué no se ha ensayado todavía ese procedimiento allá arriba, en lo nuestro?

Otra vez Jordán levantó los brazos desesperadamente al cielo.

—¿Por qué, por qué? hija mía... Porque Laroche era incapaz de una iniciativa; porque yo mismo no he tenido tiempo de ocuparme de eso; porque las cosas iban de cierta manera, y no pueden ir de otra... Ahí tienes; si vendo es justamente por no oír hablar

más de eso, porque es absolutamente imposible que yo dirija el negocio, me pone malo.

Se había puesto en pie, y la hermana calló, viéndole tan agitado, temerosa de verlo febril.

—Hay momentos—continuó él,—en que me entran ganas de llamar á Delaveau para que cargue con todo, aunque no me pague nada... Lo mismo que esos hornos eléctricos, cuya solución busco con tanto afán; jamás he querido ponerlos yo mismo por obra, acuñar oro con ellos; porque el día que los haya descubierto, los entregaré á todos, para prosperidad y dicha de todos... En fin, es cosa convenida; ya que nuestro amigo considera mi proyecto razonable, mañana estudiaremos juntos la cesión, y acabaré de una vez...

Luego, como Lucas no respondía, por aquella repugnancia, y deseoso de no comprometerse más, volvió Jordán á excitarse, y le propuso subir un instante á ver el horno alto, porque quería saber por sí mismo cómo se había portado durante aquellos tres días de ausencia.

—Estoy algo inquieto; hace una semana que murió Laroche, y no le he reemplazado; he dejado á mi maestro fundidor, Morfain, dirigir el trabajo. Es un hombre admirable; ha nacido allá arriba; ha crecido entre el fuego. Pero así y todo, la responsabilidad es pesada para un simple obrero como él.

Temerosa Sceurette, quiso intervenir, suplicando:

—Pero, Marcial, acabas de llegar, estás fatigado, y quieres salir así, á las diez de la noche.

Otra vez muy cariñoso, la abrazó diciendo:

—Deja, chiquilla, no te atormentes; ya sabes que nunca hago más de lo que puedo; te aseguro que dormiré mejor, si cumplo mi deseo... La noche no está fría, y llevaré el abrigo de pieles. Ella misma le ató un gran pañuelo al cuello y le acompañó hasta lo último de la escalinata, para convencerse de que en efecto la noche estaba deliciosa; un sueño tranquilo de los árboles, de las aguas y de los campos bajo un cielo de terciopelo obscuro, tachonado de estrellas.

—Señor Froment, ya sabe que á usted se lo confío, no le deje tardar mucho.

Lucas y Jordán, por detrás de la casa, empezaron en seguida á subir por la estrecha escalera, labrada en la piedra, que subía á la meseta de roca sobre la cual estaba construido el horno alto, á media ladera del gran declive de los Montes Bleuses; se subía entre pinos y plantas trepadoras: un verdadero laberinto, que encantaba. Levantando la cabeza, á cada recodo del sendero, se distinguía la masa negra del horno alto destacándose cada vez más neta en la noche azul, con los extraños perfiles de los órganos mecánicos agrupados alrededor del hogar central.

Jordán iba delante á paso ligero y menudo, y al llegar á la meseta, se detuvo ante un montón de rocas, donde brillaba una lucecita como una estrella.

—Espere usted—dijo,—voy a saber si Morfain no está en casa.

—Pero, ¿dónde está la casa? — preguntó Lucas, asombrado.

—Pues allí, en esas antiguas grutas que ha transformado en una especie de vivienda, donde se empeña en vivir, con su hijo y su hija, á pesar de habersele ofrecido una casita más habitable.

En la garganta de Brias, todo un pueblo miserable ocupaba agujeros parecidos. En cuanto a Morfain, seguía allí por gusto, pues allí había nacido cuarenta años antes, y allí estaba al lado de su trabajo, casi pegado á aquel horno alto, que era su vida, su cárcel y su imperio. Por lo demás, en su instalación prehistórica como troglodita civilizado, había acabado por introducir algunas comodidades; un sólido muro que cerraba las dos grutas, una puerta sencilla y ventanas con vidrios pequeños en las aberturas. En el interior había tres piezas, la alcoba del padre y del hijo, la de la hija, y la sala de uso común, que era comedor, cocina, taller. Las tres estaban muy limpias, con sus paredes y bóveda de piedra, guarnecidas con muebles sólidos, labrados á hachazos.

Como Jordán había dicho, los Morfain eran, de padres á hijos, maestros fundidores en la Crécherie. El abuelo había ayudado á la fundición, el nieto vigi-

laba todavía las sangrias, después de ochenta años de reinado no interrumpido; y esto le daba cierta actividad y también un título irrecusable de nobleza. Cuatro años hacía que había muerto su mujer, dejándole un muchacho de diez y seis años y una niña de catorce; el chico había entrado desde luego á trabajar en el horno alto; la muchacha cuidaba de padre é hijo, cocinando, barriendo, como buen ama de su casa. Y así seguían las cosas, la chica ya tenía diez y ocho años, su hermano veinte, y el padre miraba tranquilo como su raza continuaba su labor, esperando transmitir á su hijo el horno alto, como su padre se lo había transmitido á él.

—¡Ah! ¿está usted ahí, Morfain?—dijo Jordán, después de empujar la puerta, cerrada con un simple picaporte.—Estoy de vuelta y he querido efferarme de lo que haya.

En aquel hueco de roca, alumbrado por una lámpara pequeña, que daba humo, el padre y el hijo, sentados á la mesa, comían una sopa antes de la vela, mientras que la hija les servía, en pie detrás de ellos, y sus sombras agrandadas parecían llenar el recinto, á que daba solemne gravedad el largo silencio que solía reinar allí dentro.

Con voz gruesa, lenta, Morfain respondió:

—Hemos tenido un contratiempo, señor Jordán. Mas espero, que pronto podremos estar tranquilos.

Se había levantado, como también su hijo, y estaba en medio de los dos hermanos, gigantes los tres, tan fuertes, tan altos, que casi tocaban con la frente la bóveda, baja, la piedra tosca y ahumada que servía de techo á la estancia. Semejaban tres aparecidos de lejanas épocas, una familia entera de rudos trabajadores, cuyo esfuerzo secular, á través de las edades, había domado la naturaleza.

Lucas, sorprendido, miraba á Morfain, un coloso uno de los Vulcanos de otros días, vencedores del fuego. La cabeza enorme, ancha la faz, que el fuego había enrojecido y resquebrajado; frente abultada, nariz aguilena y ojos como brasas, entre mejillas que parecían devastadas por la lava. La boca hinchada, torcida, de un rojo leonado de quemaduras y manos

que tenían el color y la fuerza de dos tenazas de viejo acero. Después, Lucas miraba al hijo, Petit-Da, como le llamaban, con un mote que le había quedado, porque cuando niño pronunciaba mal ciertas palabras. Por aquel tiempo, por poco deja un día sus menudos dedos en una barra de fundición, apenas enfriada. Era otro coloso, casi tan gigantesco como su padre, del cual tenía la faz cuadrada, la nariz soberana, entre ojos que echaban llamas; pero estaba menos endurecido, menos castigado por el fuego; y sabía leer, lo cual suavizaba é iluminaba sus facciones, con un nuevo pensamiento. Después, Lucas miraba á la hija, Azulina, á quien el padre, con ternura, siempre había llamado así, por lo azules que eran sus ojos de diosa rubia; de un azul claro, infinito, tal, que en su rostro no se veía más que aquel azul de cielo sin límites. Una diosa, de gran estatura, de una belleza magnífica y sencilla, la más hermosa, la más callada, la más salvaje del país; pero aquella salvajez, sin embargo, soñaba, leyendo libros, viendo venir á lo lejos cosas que su padre no había visto jamás; cuya esperanza, no confesada, la estremecía. Maravillábase Lucas ante aquellos tres héroes, aquella familia en que veía el largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha, el orgullo del esfuerzo doloroso, sin cesar renovado, la antigua nobleza del trabajo mortífero. Jordán, á todo esto, había vuelto á alarmarse.

—¡Un contratiempo, Morfain! ¿qué ha sucedido?

—Sí, señor Jordán; una de las toberas se había atascado. Durante dos días, bien creí que íbamos á tener una desgracia; y no he dormido, por el disgusto de que semejante cosa me sucediera á mí en ausencia de usted... Pero lo mejor es ir á verlo si tiene usted tiempo; justamente se va á colar ahora mismo.

Los dos trabajadores acabaron la sopa, en pie, á grandes cucharadas, mientras la joven limpiaba ya la mesa. Hablaban poco unos con otros; se comprendían con un gesto, con una mirada. Sin embargo, el padre dijo á Azulina, con voz ruda, suavizada por el cariño:

—Puedes apagar, y no nos esperes, porque dormiremos allá.

Lucas, que se volvió, mientras Morfain y Petit-Da acompañaban á Jordán, distinguió á lo lejos, en la clara noche, á Azulina, en pie, en el umbral del bárbaro albergue, grande y soberbia, como una enamorada de los tiempos remotos, con sus grandes ojos azules, perdidos en el ensueño.

Pronto se irguió ante ellos la masa negra del horno alto. Era de modelo antiguo, pesado y rechoncho, apenas de quince metros de altura. Pero poco á poco se le había rodeado de órganos nuevos, que ya parecían como una aldehuela en torno suyo. Construido recientemente, el edificio en que se hacía la colada, con el piso de arena fina, era de elegante ligereza, con armazón de hierro cubierto de tejas. A la izquierda, bajo un cobertizo, con vidrieras, estaban los fuelles, la máquina de vapor, que insuflaba el aire; á la derecha, se veía los dos grupos de grandes cilindros, aquellos en que el gas de la combustión venía á dejar el polvo, y los otros que servían para calentar el aire frío, que soplabá la máquina, á fin de que llegase ardiente al horno alto, para activar la fundición. Había, además, recipientes de agua, toda una tubería que alimentaba una continua corriente, aplicada á las paredes de ladrillo, que las refrescaba y disminuía el efecto de la terrible hoguera interior. De este modo, el monstruo desaparecía, bajo los complicados edificios auxiliares; un amontonamiento de construcciones, una multitud de depósitos de palastro, una confusión de gruesos tubos metálicos, todo lo cual, en su extraordinario conjunto, sobre todo de noche, aparecía con monstruosos perfiles, extrañamente fantásticos. Arriba, se distinguía en el mismo flanco de la roca, el viaducto por donde se conducían los vagones de mineral y del combustible al nivel del tragante del horno. Debajo, la cuba levantaba su cono negro, y había después, desde el vientre hasta la parte interior de los etalajes, una fuerte armadura de metal, que sostenía el cuerpo de ladrillo, que servía de soporte á los conductos de agua y á las cuatro toberas; luego en lo más bajo, ya no había más que el

crisol, con la piquera, cerrado con un tapón de tierra refractaria. ¡Gigantesco animal de forma pavorosa, cuya digestión devoraba piedras, y producía metal en fusión!

Ni un ruido, nada de claridad; aquella digestión formidable era muda y negra. Sólo se oía un murmullo de arroyo, causado por las continuas gotas de agua que caían de las paredes de ladrillo; sólo á alguna distancia la máquina sopladora roncaba sin tregua. Y por todo alumbrado, tres ó cuatro faroles brillaban nada más en la noche, que hacían más oscura las sombras de las enormes construcciones; sólo se distinguían formas pálidas, los ochos obreros fundidores del relevo nocturno, vagando, es espera de la sangría. Arriba, sobre la plataforma del tragante, no se veía siquiera á los cargadores, que, en silencio, obedecían á señales que hacían desde abajo, vertiendo en el horno determinadas cantidades de mineral y de carbón. Ni un grito, ni una llamarada, una oscura y muda tarea, algo desmesurado y salvaje, que se cumpliera entre tinieblas, el parto secular y laborioso de la humanidad, preñada del porvenir. En tanto, disgustado por las malas noticias, Jordán, á quien había alcanzado Lucas, volvía á sus sueños, mostrándole con un ademán el montón de las construcciones.

—Mire usted eso, amigo mío; ¿no tengo razón, queriendo arrasarlo todo, y reemplazar ese monstruo, que fatiga y molesta, por mi batería de hornos eléctricos, tan limpios, tan sencillos, tan fáciles de manejar?... Desde el día en que los primeros hombres cavaron un agujero en la tierra, para fundir allí el mineral, mezclándolo con ramas de árboles que quemaban, la fundición de los metales apenas ha cambiado. Siempre el mismo método infantil y primitivo; nuestros hornos altos, no son más que los agujeros prehistóricos, convertidos en columnas huecas, agrandados según las necesidades, en los cuales continúa arrojándose, revueltos, el metal y el combustible, que arden juntos. Parece esto el cuerpo inmenso de un animal del infierno, al que sin cesar se le echa este alimento de hulla y de óxido de hierro, para que lo digiera, en un huracán de fuego, y después lo de-

vuelva, hecho metal fundido, por abajo, mientras que los gases, el polvo, las escorias de todas clases, salen por otra parte... Y note usted que toda la operación está en eso, en ese lento descenso de las materias digeridas, en esa digestión total, pues todas las mejoras realizadas no han tenido por objeto hasta ahora, más que facilitar esa digestión; así, en otro tiempo, no se insuflaba aire, y la fusión era más lenta y defectuosa. Después se sopló con aire frío; luego se notó que los resultados eran mejores cuando el aire era caliente. Por último, se ideó emplear el mismo horno alto para calentar el aire que se le insuflaba; los gases, que hasta entonces ardían en el tragante, en un penacho de llamas. Y de esa suerte, el horno alto primitivo se ha complicado con tantos órganos exteriores: la máquina sopladora, los depósitos en que se depuran los gases, los cilindros en que éstos vienen á calentar el aire al pasar, sin contar todos esos canales aéreos, que envuelven el horno como las mallas de una red... Pero por más que se le perfeccione, sigue siendo infantil á pesar de sus proporciones gigantescas; sólo se ha conseguido hacer sus funciones más delicadas, originando así continuas crisis. ¡Ah! no puede usted figurarse las enfermedades del monstruo. No hay chiquillo enfermizo que causa á su familia tan mortales inquietudes, por las digestiones de cada día, como las que nos produce este coloso. Seis cargadores arriba, ocho fundidores abajo, maestros y un ingeniero están ahí sin cesar, día y noche, en dos relevos, atareados con los alimentos que se le dan, con las materias que devuelve, llenos de temor, á los menores desarreglos de su cuerpo, cuando la sangría no es satisfactoria. Va á hacer cinco años que esto está encendido, sin que el fuego interior haya, ni un solo minuto, detenido su trabajo; y todavía puede arder otros cinco años, antes que se le apague, para hacer reparaciones. Si se tiembla por él, si hay que vigilar su marcha normal con tanto cuidado, es por la eterna amenaza de que se apague por sí mismo, por alguna catástrofe de sus entrañas, cuya gravedad no se hubiera previsto; y para él el apagarse es la muerte... ¡Ah! ¡mis pequeños hornos eléctricos, que po-

drían guiar chiquillos! ¡Esos no turbarían el sueño de nadie, serán tan sanos, tan activos, tan dóciles!

Lucas no pudo menos de reír, al ver el tierno apasionamiento de Jordán por sus investigaciones de sabio. Morfain, seguido de Petit-Da, se les había acercado y les indicaba, á la pálida luz de un farol, uno de los cuatro conductos de fundición, que á tres metros de altura, hacían un recodo y penetraban en los costados del coloso.

—Vea usted, señor Jordán; esta es la tobera que se había atascado; y la desgracia quiso que yo hubiera ido á acostarme, de modo que no noté nada hasta el día siguiente... Como no llegaba el aire, se produjo un enfriamiento, un bloque entero ha debido de cuajarse y ha habido una acumulación de materias, que han hecho un lobo. No bajaba nada, y no pude notar hasta el momento de la sangría, al ver que las escorias salían en una gacha espesa, ya negra... Comprenderá usted mi miedo, pues me acordaba de nuestra desgracia de hace diez años, cuando hubo que demoler una esquina entera del horno, después de una aventura semejante.

Jamás había hablado tanto. Temblaba su voz al recuerdo del antiguo contratiempo, pues no hay enfermedad más terrible que estos enfriamientos, que dejan el carbón apagarse, que solidifican el mineral en una roca compacta. El caso es mortal, cuando no se consigue reanimar la hoguera; por momentos toda la masa se enfría y acaba por formar un sólo cuerpo con el mismo horno, y entonces no hay más recurso que demolerlo, derribarlo como un viejo torreón lleno de piedras, en adelante inútil.

—¿Y qué ha hecho usted?—preguntó Jordán. Pero Morfain no respondió inmediatamente. Había llegado á enamorarse del monstruo, cuyas sangrías de lava ardiente hacia treinta años que le quemaban el rostro. Adoraba á un gigante, á un señor, encorvado bajo la dura tiranía del culto que había tenido que prestarle, desde que era hombre, para comer el pan de cada día. Apenas sabía leer, á su espíritu no había llegado el nuevo aliento de protesta: él no se rebelaba, aceptaba la dura servidumbre, po-

nía su vanidad en sus brazos robustos, en aquel combate de todas las horas, con la llama, en su fidelidad al coloso en cuclillas, cuyas digestiones cuidaba, sin haberse declarado jamás en huelga. Su pasión había llegado á ser su dios bárbaro y terrible; había en su fe cierta sorda ternura; y todavía temblaba, pensando en el peligro de que acababa de sacarle, por un esfuerzo de abnegación extraordinario.

—¿Lo que he hecho?—dijo por fin.—He comenzado por triplicar las cargas de carbón; luego, he hecho desatascar la tobera, con ayuda de una maniobra de los fuelles que el señor Laroche empleaba á veces. Pero el caso era ya muy grave, y he tenido que demontar la tobera, y habérmelas con el atasco á fuerza de espetones. ¡Ah! la cosa no ha sido fácil, nos ha costado un poco de carne. De todos modos, el aire acabó por pasar, y ya me vi más contento, cuando, en las escorias de esta mañana, he encontrado restos de mineral, porque he comprendido que el cuesco había debido de deshacerse, arrastrando consigo el lobo formado. Ahora todo ha vuelto á revivir; pronto seguirá su curso ordinario el trabajo. Pero además, pronto lo vamos á saber; la sangría nos va á decir lo que hemos adelantado.

Y aunque rendido por un discurso tan largo, añadió en un tono más bajo:

—Creo, señor Jordán, que hubiera subido allá arriba, para arrojarme por el tragante, si no hubiera tenido esta noche mejores noticias que dar á usted... Yo no soy más que un obrero, un maestro fundidor, en quien usted ha tenido bastante confianza, para entregarle el puesto de un señor, de un ingeniero. ¡Y hubiera estado bueno que hubiera dejado apagarse el horno, para decirle á usted á la vuelta: esto se ha muerto!... ¡No, hubiera yo muerto con él! Las dos últimas noches, no me he acostado, he estado ahí velando, como recuerdo haberlo hecho, junto á mi pobre mujer, cuando la perdí. Y ahora ya puedo decirle, la sopa que usted me ha visto comiendo, es la primera que trago en cuarenta y ocho horas, porque tenía el estómago cerrado con un tapón, como el horno... Estas no son disculpas; sólo deseo que sepa usted hasta

qué punto estoy contento de no haber hecho traición á su confianza.

Casi lloraba aquel mocetón endurecido por el fuego, con miembros de acero viejo, y Jordán le estrechó ambas manos afectuosamente.

—Ya sé que es usted un valiente, amigo Morfain, y que si hubiera habido un desastre, hubiera usted luchado hasta el fin.

Petit-Da, de pie en la sombra, había escuchado sin interrumpir, ni con una palabra, ni con un gesto. No se movió, hasta que su padre le hubo dado una orden relativa á la sangría. En todo el día, había cinco sangrías, de cinco en cinco horas aproximadamente. La marcha regular podía ser hasta de ochenta toneladas al día, pero en aquel momento no pasaba de cincuenta, lo que todavía daba sangrías de diez toneladas. Silenciosamente, á la débil luz de los faroles, se acababa de hacer los preparativos; se habían abierto en la fina arena regueras, y los huecos de los moldes en el gran taller. Ya no había que hacer más que evacuar las escorias; y sólo se veía las sombras de los obreros fundidores, que pasaban lentamente de vez en cuando, activos sin apresurarse, en aquella labor obscura, que no se comprendía; y en tanto, todo cañaba en las entrañas del dios en cuclillas; de su vientre abrasado no salía ni un murmullo; sólo el ruido del arroyo, producido por las gotas de agua que le caían por los lados.

—Señor Jordán—preguntó Morfain,—¿quiere usted ver correr las escorias?

Jordán y Lucas le siguieron á corta distancia, á un montículo de residuos amontonados. La piqueta estaba en el costero derecho del horno alto, y por encima de la llama se escapaban las escorias, en una ola brillante, como si allí se hubiera espumado toda la caldera del metal en fusión. Era una gacha espesa, que corría lentamente, que iba á caer en vagonetas de palastro, semejante á una lava de color de sol, que de repente se oscurecía.

—El color es bueno, ¿ya lo ve usted, señor Jordán—añadió Morfain alegre.—¡Oh! nos hemos salvado, no hay duda... Van ustedes á ver, van ustedes á ver.

Y los llevó delante del horno alto, al taller de la colada, entre las vagas tinieblas, que los faroles apenas vencían. Petit-Da acababa de hundir un espetón de un solo golpe de sus brazos de coloso joven, en el tapon de tierra refractaria, que cerraba la piqueta, y ocho hombres de la cuadrilla, con ayuda de una maza, golpeaban á compás sobre el espetón para clavarle; apenas se distinguían sus perfiles negros, pero se oían los golpes sordos de la maza. Luego, bruscamente, brilló una estrella deslumbradora, una estrecha abertura que mostraba el incendio dentro. Pero no veía nada todavía, más que un hilo delgado, de astro líquido. Fué necesario que Petit-Da cogiese otro espetón, lo hundiese y le diera vueltas con hercúleo esfuerzo para ensanchar el agujero. Entonces fué la erupción, la ola salió de un chorro tumultuoso, corrió por el reguero de arena, arroyo de metal en fusión y fué á esparcirse y llenar los moldes, extendiéndose en charcos ardientes, cuyo brillo y calor quemaban los ojos. Y de aquel surco, de aquellos campos de fuego, salía sin cesar el fruto de chispas azules de una ligereza delicada, cohetes de oro, de una deliciosa finura, toda una floración de azulejos del campo entre espigas de oro. Cuando se encontraba un obstáculo de arena húmeda, se duplicaban los cohetes y las chispas, que subían muy altos, en un ramillete de resplandores. De repente, como si saliera un sol milagroso, había brotado una intensa luz de aurora dilatándose, iluminando el horno alto con una cruda luz, llenando de sol el interior de la techumbre, las armaduras de hierro y los tirantes, cuyas aristas más delgadas se distinguieron; todo brotó de la sombra, con extraordinario poder de evocación, las construcciones próximas, los diversos órganos del monstruo, los obreros del relevo nocturno, tan fantásticos hasta entonces, bruscamente reales ahora, dibujados con trazo enérgico, inolvidable, tal como oscuros héroes del trabajo, rodeados de repente de una aureola. Y el resplandor no se detenía allí, la claridad de aurora invadía las cercanías, sacaba de las tinieblas la falda de los Montes Bleuses, y mandaba sus reflejos hasta los tejados adormecidos de Beauclair, y se per-

día en la lontananza, en la inmensa llanura de la Rumaña.

—Soberbia sangría es esta—dijo Jordán, que estudiaba su calidad por el color y por lo límpido del chorro.

Morfain gozaba del triunfo modestamente.

—Sí, señor Jordán, sí; el resultado es bueno, como se podía esperar. De todas maneras, me alegro de que haya venido usted á verlo. Ya no estará usted inquieto.

Lucas también mostraba interés por la operación. El calor era tan grande, que sentía el escozor á través de la ropa. Poco á poco, todos los moldes se habían llenado, la arena fría del taller se había trocado en una charca incandescente, y después de coladas las diez toneladas de metal, todavía salió por la piqueta, como tormenta final, un golpe enorme de llamas y de chispas: era que la máquina sopladora acababa de vaciar el crisol; y el viento pasaba libremente en ráfaga infernal. Pero ya se enfriaban los lingotes, la deslumbradora luz blanca pasaba al color rosa, al rojo y después al pardo. Habían cesado las chispas; el campo de azulejos y de espigas de oro estaba segado. Y rápidamente volvió á caer la sombra, las tinieblas inundaron el taller, el horno alto, las construcciones cercanas, mientras los faroles parecía que volvían á encender sus pálidas estrellas. Ya no se distinguió más que un grupo de obreros moviéndose vagamente. Petit-Da, ayudado de dos compañeros, volvía á cerrar la piqueta con un nuevo tapón de tierra refractaria, mientras callaba la máquina sopladora que se acababa de parar, para que fuera posible este trabajo.

—Y diga usted, Morfain, ¿no vuelve usted á casa á dormir? supongo que sí.

—Ca, no señor; esta noche todavía me quedo aquí.

—¿Cómo! ¿Va usted á velar? ¡La tercera noche en blanco!

—No, hay una cama de campaña ahí, en el puesto de vigilancia, y se duerme en ella muy bien; nos levaremos, mi hijo y yo, cada dos horas de guardia.

—Pero es inútil, puesto que todo va muy bien...

Vamos, Morfain, sea usted razonable; y vaya á acostarse en su cama.

—No, señor Jordán, no; déjeme usted obrar á mi gusto... Ya no hay peligro, pero prefiero verlo por mí mismo, hasta mañana. Es un antojo.

Jordán y Lucas tuvieron que dejarle allí, después de estrecharle la mano. Lucas iba conmovido, llevaba la impresión de un tipo noble, elevado; toda la historia del trabajo doloroso y dócil, toda la nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad, al llegar al descanso, á la dicha, comenzaba en los antiguos Vulcanos, que habían domado el fuego en los tiempos heroicos que recordaba Jordán, cuando los primeros fundidores reducían el mineral en un agujero cavado en tierra, donde quemaban leña. Aquel día, el día en que el hombre conquistó el hierro y lo labró, se hizo dueño del mundo, empezó la era civilizada. Morfain, viviendo en el hueco de una roca, encontraba en él, silencioso, resignado, sacrificando sus músculos sin una queja, como en la aurora de las sociedades humanas. ¡Qué de sudor vertido! ¡Qué de brazos cansados, quebrantados durante tantos siglos! Y nada cambiaba, el fuego conquistado seguía teniendo sus víctimas, sus esclavos que lo alimentaban, que se quemaban la piel para seguir domándolo, mientras los privilegiados de este mundo vivían en la pereza, en frescas moradas. Morfain, como un héroe legendario, no parecía siquiera darse cuenta de la iniquidad monstruosa; ignoraba que había rebeldes, que surgía la tormenta, siempre impasible, en su puesto mortífero, donde habían muerto sus padres, donde moriría él también, consumido, holocausto social de una obscura grandeza. Y luego, Lucas evocaba otra figura, la de Bonnaire, el otro héroe del trabajo, en lucha con los opresores, los explotadores, para que la justicia reinase sacrificándose por la causa de sus compañeros, hasta quedarse sin pan. Toda esta carne de sufrimiento, ¿no había gemido bastante bajo la carga, no había llegado la hora de la emancipación del esclavo, admirable en su esfuerzo, al fin ciudadano libre de una sociedad fraternal, donde la paz nacería del justo reparto del trabajo y de la riqueza?

Jordán, al bajar la escalera labrada en la peña, se había detenido en la choza de un guardia nocturno, para dar una orden, y allí Lucas vió algo muy singular, que aumentó su emoción. Detrás de las matas, entre rocas desgajadas, distinguió claramente una pareja, dos sombras que pasaban cogidas de la cintura, confundidos los labios en un beso. Reconoció á la joven, alta, rubia, magnífica, Azulina, con sus ojos azules, que le llenaban el rostro. Y el mozo era seguramente Aquiles Gourier, el hijo del alcalde, el hermoso y arrogante mancebo, cuya actitud había notado en la Guerdache; lleno de desprecio para una burguesía en descomposición, siendo él uno de sus hijos sublevados. Siempre de caza, siempre de pesca, pasaba las vacaciones por los senderos escarpados de los Montes Bleuses, á lo largo de los torrentes, en el fondo de los pinares. Sin duda se había enamorado de la joven salvaje, tan hermosa, que rondaban en vano tantos amadores; y ella debía de haberse dejado vencer por la llegada de este príncipe encantado que le traía el más allá, el ensueño delicioso del mañana, á la aspereza de su desierto. ¡Mañana, mañana! ¿No era el mañana lo que surgía en los grandes ojos azules de Azulina, cuando soñaba despierta, en el umbral de su cueva, perdidas á lo lejos las miradas? Su padre y su hermano velaban allá arriba, y ella se escapaba por entre las escarpadas pendientes; y el mañana era para ella aquel mozo bizarro, amable, aquel hijo de un señor que le hablaba cortésmente, como á una dama, jurando amarla siempre. Lucas, impresionado, sintió al principio cierta desazón, pensando en la pena del padre, si sabía la aventura. Después, su corazón se llenó de ternura, un soplo de esperanza como una caricia llegó á él, de aquel amor libre, tan dulce; ¿no era el mañana más feliz lo que preparaban aquellos dos hijos de clases diferentes, acariciándose, besándose, y engendrando la justa ciudad futura?

Abajo, ya en el parque, cuando Lucas se despidió de Jordán, conversaron todavía.

—¿Por lo menos, no habrá usted tenido frío? No me lo perdonaría nunca su hermana.

—No, no; me siento muy bien, me voy á acostar muy contento, pues mi resolución es formal; voy á librarme de una explotación que no me interesa, origen para mí de disgustos.

Lucas calló un instante, volviendo á sentir, de pronto, un malestar, como si aquella decisión le hubiese consternado. Y al dejar á su amigo, estrechándole por última vez la mano, le dijo:

—Espere usted, sin embargo, déjeme usted el día para reflexionar, y mañana de noche volveremos á hablar y se decidirá usted.

Lucas no se acostó inmediatamente. Ocupaba en el pabellón, edificado un tiempo por el abuelo materno de Jordán, el doctor Michón, la vasta estancia en que éste había vivido los últimos días de su vida, en medio de sus libros; en aquellos tres días se había aficionado al olor de trabajo que allí se respiraba, á la paz profunda y honrada sencillez de tal ambiente. Pero aquella noche, con la fiebre de duda en que se encontraba, se sintió sofocado al entrar, abrió de par en par una ventana y se apoyó en ella para calmarse un poco antes de acostarse. Daba la ventana al camino que va de la Crécherie á Beauclair; en frente, se extendían campos incultos, sembrados de rocas; y más allá, se distinguía el montón confuso de los tejados de la ciudad dormida.

Durante algunos minutos, Lucas respiró á sus anchas los soplos de aire que venían de los campos sin límites de la Rumaña. La noche seguía húmeda y templada, una claridad azul caía del cielo estrellado, velado ligeramente por la bruma; oyó al principio, distraído, los ruidos lejanos, como temblores de las tinieblas; después reconoció los golpes sordos y rítmicos de los martillos del Abismo, la fragua del ciclope, donde noche y día resonaba el acero. Levantó los ojos, buscó el horno alto de la Crécherie, mudo y negro, sumergido en la barra de tinta que el promontorio de los Montes Bleuses señalaba en el cielo. Bajando la mirada, volviola hacia los amontonados tejados de la ciudad, cuyo pesado sueño parecía mecido por el cadencioso sacudimiento de los martillos, semejante, á lo lejos, á la respiración oprimida y rá-

pida de un trabajador gigante, algún Prometeo dolorido, encadenado al trabajo eterno. Creció con esto su malestar, la fiebre no se calmaba; personas y cosas, de aquellos tres últimos días, surgían como una muchedumbre en su memoria, desfilaban en trágico tropel, cuyo sentido hubiera deseado fijar. Y le atormentaban con el problema que á cada momento le preocupaba más, y que ya no le dejaría dormir, mientras no diera con la solución.

En esto, creyó oír debajo de la ventana, al otro lado del camino, entre la maleza y las rocas, otro ruido, tan ligero, tan suave, que no pudo definirlo; ¿era el aleteo de un ave, el zumbido de un insecto entre las hojas? Miró, y no vió más que la ola de la obscuridad infinita. Sin duda se había equivocado. Volvió el ruido, más próximo; con interés, con una emoción singular, que él mismo extrañaba, se esforzó, procurando atravesar con la mirada las tinieblas, y acabó por distinguir una forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las puntas de las hierbas. No se explicaba su naturaleza, creía que era una ilusión; cuando, de un salto de cabra montés, una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete pequeño, con tal destreza, que le dió en el rostro, como una caricia; era un ramo pequeño de claveles silvestres, acabados de coger entre las rocas, y de olor tan fuerte, que se sintió perfumado por ellos.

¡Josina! adivinó á Josina, la reconoció en esta nueva manera de que su corazón le daba las gracias con aquel rasgo adorable de gratitud infinita. Era aquello exquisito, en tal obscuridad, á tales horas, y sin que él se explicase cómo estaba allí, si había espiado su vuelta, de qué modo había podido escapar y venir, tal vez porque Ragú pertenecía á un relevo de noche. Ya sin una palabra, no habiendo querido más que rendirse con aquellas flores, poco delicadas, con tanta gracia arrojadas, huía la joven y se perdía en las tinieblas del páramo inculto; y notó Lucas entonces otra sombra muy pequeña, Nanet de seguro, que corría detrás. Desaparecieron, y otra vez volvió á oír no más los martillos del Abismo, á lo lejos, golpeando acompasados. Su tormento no había concluido, pero su co-

razón acababa de sentirse reanimado con una fuerza invencible. Olió con delicia el ramillete. ¡Oh bondad, que es lazo fraternal, ternura que da la dicha, amor que salvará y reformará el mundo!

V

Lucas se acostó, apagó la luz, esperando que la fatiga de cuerpo y de espíritu, que le tenía quebrantado, le dejaría dormir pronto, en un sueño tranquilo que le calmara la fiebre. Pero en el silencio, en la obscuridad de la vasta habitación, no pudo cerrar los párpados, sus ojos se mantenían muy abiertos en las tinieblas, un insomnio terrible le abrasaba, presa de la idea obstinada, devoradora.

Se le apareció Josina, renaciendo sin cesar, volviendo en el aire ligero con su rostro infantil, de tan doloroso encanto. Volvió á verla llorosa, hambrienta, aterrizada, esperando á la puerta del Abismo; la vió en la taberna, arrojada de allí por Ragú, con tan violentos ademanes, que la sangre corría por su mano mutilada; la vió sobre el banco, cerca del Mionna, abandonada en una noche trágica, no restándole más que la definitiva caída en el lodo, satisfaciendo el hambre como pobre bestia errante.

Y en aquel momento, después de tres días de inesperada información, casi inconsciente, que el destino le había llevado á ejecutar, todo aquello que había visto del trabajo, injustamente distribuido, despreciado como una vergüenza social, concluyendo en la miseria atroz del mayor número, se resumía para él en el caso horrible de la pobre niña que trastornaba su corazón.

Entonces, las visiones surgieron como una multitud, atropellándose, torturándose con su continua presencia. Era el terror que soplabá, á través de las calles